Recuperar la política

por Eduardo Rinesi

La palabra “política” lleva inscripta en su etimología y en su historia la referencia al mundo de la *polis*, de la ciudad. Que no era apenas –en aquella antigua Grecia a la que casi automáticamente nos vemos lanzados por esta evocación– una unidad administrativa en la que se organizaba la convivencia y la cooperación entre las personas, sino, de modo mucho más decisivo y radical, *el ámbito natural de realización de los hombres libres*. Sólo en la actividad política (es decir: sólo en la interacción dialógica con otros) se hacía el hombre plenamente libre, y por lo tanto plenamente hombre. Eso es, por lo demás, lo que para los griegos significaba que el hombre fuera *naturalmente* político: no que lo fuera “desde siempre” o “desde el origen” (para los griegos la idea de naturaleza no designaba –como designaría después, por ejemplo, para un Hobbes– un “origen” o algo que estuviera, por así decir, “atrás”), sino que fuera sólo allí donde los hombres pudieran alcanzar el conjunto de las potencialidades a las que estaban destinados por su condición. Esa “condición humana”, entonces, se realizaba en el intercambio lingüístico y argumentativo con los demás, y la política, que era el nombre de ese intercambio humanizador y dignificante, constituía por lo tanto la más elevada de las actividades que los hombres podían realizar.

Ese modo de pensarse la política está, desde luego, muy lejos del que caracteriza a los tiempos que por comodidad o rapidez solemos llamar “modernos”, y lo está, sobre todo, por una razón fundamental: porque para los hombres modernos la política *no es*, como para “los antiguos”, una actividad “natural”, sino, al contrario, un artificio, un *constructo*, que se eleva precisamente *contra* la naturaleza de los hombres, naturaleza que ahora *no* es concebida –salvo acaso para el lirismo bucólico de un Rousseau– como asociativa, sino como hostil y antisocial: *homo homini lupus*. Los hombres modernos “hacen política”, digamos así, no para realizar su naturaleza, sino para huir de ella. Y por eso mismo, también, no tienen ya que hacerla *todos*: como explicarán, y celebrarán, los grandes exponentes del pensamiento político liberal, la política va volviéndose una actividad “profesional” y especializada de una cierta *clase* de hombres (los “políticos”), destinada a que *otros* hombres –la mayoría, los simples ciudadanos– puedan vivir en paz y dedicarse, en los espacios “privados” (palabra que empieza a ser ahora positivamente connotada, porque no indica ya, como sí indicaba entre los griegos, ninguna “privación”), a las tareas que les interesan.

Por supuesto, *esta* política, entendida –decíamos– como una “actividad profesional” y minoritaria, debió librar todo a lo largo de estos siglos un duro combate con la política ejercitada y concebida como una práctica de contestación de los privilegios, de ampliación de los derechos y de impugnación de los poderes establecidos. La historia del ensanchamiento –siempre conflictivo– del “espacio público”, la historia de la democratización –nunca lineal– de la vida política de los pueblos, la historia de las revoluciones y las contrarrevoluciones, son evidencias del productivo enfrentamiento entre una idea de la política entendida como práctica institucional de administración de las sociedades y una idea de la política entendida como antagonismo y lucha. El espacio de la política moderna se define exactamente en esta tensión, en este punto de cruce entre las instituciones formales y las prácticas sociales, entre los “poderes constituidos” y el “poder constituyente”. Contra quienes reducen la política al mero funcionamiento de la maquinaria institucional, y también contra los que buscan la política *solamente* en la oposición a ese dispositivo (rebautizado a veces, como ocurre en las obras de Jacques Rancière o de Alain Badiou, como “policial”), sostendremos que la política *es*, exactamente, esa tensión.

La política es siempre, en efecto, la actividad desarrollada en ese espacio de tensión y conflicto que se abre entre las grietas de cualquier orden *precisamente porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos ni satisface las expectativas que los distintos actores tienen sobre él*. Por eso mismo es en ese espacio donde ese orden cobra (o mejor: va cobrando todo el tiempo, de modo siempre inestable, siempre precario, nunca definitivo) un *sentido* para esos mismos actores: la política es una actividad de *lucha por el sentido* y de *donación de sentido* al mundo social. Y es exactamente en ese carácter que la política se encuentra en fuerte crisis –si no en franca retirada– entre nosotros: la política, en efecto –

la política entendida como ese espacio de tensión que se abre *cuando (y sólo cuando) no nos ha ganado la sensación de inexorabilidad de lo que se nos presenta como dado*, la política concebida como terreno de discusión de proyectos y de lucha por el sentido–, parece hoy y aquí hacer mutis por el foro acompañando otros dos serios retrocesos: el de la *democracia* como apuesta por la participación deliberativa y activa de los ciudadanos en los asuntos que les conciernen y *el del Estado* como actor central del juego de los poderes, como garante del bien común y como referencia material y simbólica universal.

Ambos movimientos son, en efecto, igualmente preocupantes: por el primero, la "democracia" que con tanto fervor nos prometían los discursos de los años de la llamada "transición" va revelándonos su rostro acabado y definitivo, que ciertamente se dejaba anunciar ya en esos discursos y en las prácticas que los acompañaban, y que ahora se nos revela, ya sin matices ni ornamentos, como el de un perfectamente clásico liberalismo político, sólo parcial y temerosamente democrático, sostenido mucho menos sobre el principio (democrático) de la participación que sobre el principio (liberal) de la representación (en virtud del cual, como reza la liberal y antidemocrática constitución argentina en un artículo que nadie soñó jamás con reformar, "los ciudadanos no deliberan ni gobiernan sino a través de sus representantes"), y que, al mejor estilo de los liberalismos antipopulares de la Europa de comienzos de la modernidad, nos exige, como prenda de la "paz y administración" que sería responsabilidad del Estado garantizar, la obligación de recogernos en nuestras casas y llevar en ellas, lejos del mundanal ruido de las discusiones de una *polis* perdida para siempre, "una vida retirada". Si tenemos, como dicen las tías, "preocupaciones políticas", podemos satisfacerlas mirando televisión.

Por el segundo movimiento, el Estado parece también retirarse –por cierto que con bastante poca elegancia y dignidad, como a los tropezones y reculando– del centro de la escena, dejando en su lugar un vacío de poder *y de sentido* que otros actores (o esa figura más o menos quimérica que representa al conjunto de esos *otros actores* que han venido a reemplazarlo, y a la que suele aludirse con el nombre de "mercado") se apresuran a llenar. Porque es necesario destacar, contra el torpe y cómplice candor de quienes celebran el repliegue del viejo Estado como la saludable precondición para el despliegue de la multiplicidad y de la Diferencia, que ese retroceso del Estado no ha hecho más que instalar en su lugar la soberanía de *otro principio de organización del sentido de los intercambios y de la convivencia entre las personas*, que no sólo se ha revelado por lo menos tan monolítico como aquél, sino que, a diferencia de aquél, *es estructuralmente antipopular y antidemocrático*. Nos hemos desplazado de un modelo de representación de la vida social organizado alrededor del principio de la búsqueda del "bienestar general" (principio "ideológico", concedamos, y todo lo abstracto y manipulable que se quiera) a uno erigido alrededor del temor al aumento del "riesgo país": Francamente, no veo el negocio.

Ambos retrocesos –el de la democracia, entonces, y el del Estado–, sobre cuya estela estamos tratando de situar nosotros el análisis del que aquí nos interesa y nos preocupa: *el de la política misma*, se producen, además, en el marco de una tendencia sobre la que se ha vertido ya bastante tinta, y que es la tendencia a la universalización de un "discurso único" (al que a veces se califica como "neo-liberal") sobre lo que es posible hacer, desear e incluso pensar en estos tiempos, y que exhibe –diría yo que hasta la caricatura– todas las características de lo que el pensamiento crítico del último par de siglos llamó "ideología". Es decir: un tipo de discurso que tiende a naturalizar lo dado, a pensar lo contingente como necesario, lo histórico como eterno y los resultados de las relaciones de fuerzas cambiantes en la historia como leyes inscriptas en algún subsuelo profundo de los Tiempos. Ese tipo de certezas, es claro, imposibilita –tanto como la reducción del componente democrático de nuestra vida pública y como la desaparición del Estado como referencia de nuestras acciones y de nuestros programas– la posibilidad de un pensamiento *político*, porque todo pensamiento que merezca este nombre debe partir de suponer que el horizonte de lo dado no constituye el límite infranqueable para nuestros sueños y para nuestros programas de acción.

Por todo esto, es necesario recuperar, entre nosotros (quiero decir: hoy y aquí, en la Argentina) la política. La política entendida como espacio de deliberación y de debate, de lucha y de confrontación de proyectos, de impugnación y de desafío de la presunta inexorabilidad de las leyes del presente, de la presunta imposibilidad de proponer otros

rumbos, de la presunta inapelabilidad de los juicios sobre nuestro futuro que comandan los movimientos de los dedos pulgares de un puñado de operadores neoyorquinos. Por lo dicho, también, esa recuperación de la política sólo será posible de la mano de otras tres: *La de la democracia*, porque no habrá política en ningún sentido más o menos fuerte de la palabra si no nos decidimos a asumir colectivamente nuestro destino; *la del Estado*, porque ninguna comunidad puede aspirar a ser dueña de sus decisiones y de su porvenir si acepta desprenderse de los instrumentos básicos para regular los intercambios, frenar las ambiciones de los poderosos y delinear los caminos que quiere recorrer, *y la de la utopía*, entendida como la capacidad para imaginar otros futuros, otros escenarios, otros horizontes distintos de los actuales.

Es necesario recuperar la política, pues, y es necesario recuperar *la palabra* "política" del maltrato al que se la somete cuando se la usa apenas para aludir al "alto *costo* de la política" frente a las "necesidades de la gente", o a "los lentos *tiempos* de la política" para sancionar tal o cual ley que a algún talentoso comunicador se le antoje urgentísima. Hay que estar atentos ante estas siempre imperativas demostraciones de ansiedad: la política no es (no puede ser, apenas) un renglón en los "gastos" del Estado ni una pérdida de un tiempo que podríamos usar para algo mejor. Es la posibilidad de que una comunidad se reencuentre consigo misma a través de la discusión y el enfrentamiento de proyectos. No sé qué será de este país cuando esta nota vea la luz. Hoy, cuando la escribo, los trabajadores de Aerolíneas Argentinas –aunque, por cierto, no sólo ellos– están señalando un camino hacia el tipo de recuperación de la política en la que estoy pensando. Están *haciendo política*, aunque los consuetudinarios ideólogos de la derecha más previsible y menos original ya estén intentando sacarlos a codazos televisivos de ese campo para convertirlos en peligrosos agentes del desorden o en responsables retrospectivos de las peores violencias del pasado. Limitaciones de ellos, que nunca fueron, lo que se dice, originales.

Eduardo Rinesi es Profesor de Teoría Política II, Teoría Social Latinoamericana y Teoría Política y Estética en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Miembro del grupo editor de la revista **El Ojo Mocho**.